

Se ve que un vivo sentimiento de amor a los desgraciados ha inspirado al autor y uno encuentra por esto en muchísimas de sus páginas gran comprensión de lo humano, el anhelo cálido de corregir abusos e injusticias, de endulzar infelicidades.

La figura de Rebeca es de lo más simpática. Su dolor, sus tristes experiencias en el hospital y, sobre todo, su amor a Saturnino efectúan en su alma una transformación completa. Del hospital sale redimida, convertida en una mujer capaz de sentimientos puros y elevados.

Muy delicada también la figura de la hermana Loreto, comprensiva y cristiana de verdad.

A Saturnino le indultan el último tiempo de su pena y sale de la cárcel a empezar una nueva vida en los brazos amorosos de Rebeca.

La posición de defensa de los desgraciados y perseguidos, de censor de las injusticias sociales, que toma el autor, es llamada a despertar fáciles simpatías, pero se halla expuesta, como le ocurre, a caer en declamaciones algo tendenciosas. Inclinação de estirpe periodística, conquistadora de gloria barata, que daña al verdadero arte. Pequeños escollos son estos que el señor García tiene facultades para evitar y que constituyen sólo accidentes que no alcanzan a empañar los méritos y la belleza total de la obra.—E. M. ↓



GUÍA DE SOÑADORES, por *Fausto Soto*.—Prólogo de *Alfonso Reyes*.—Santiago de Chile, 1935.

Fausto Soto no es un desconocido en nuestro ambiente literario, en 1930 publicó «El alba frágil», colección de poemas en prosa y verso, que fué bienvenido por prestigiosos escritores extranjeros; acá fué recibido tibiamente, con esa especie de temor que siempre hay para elogiar cuanto sea nuestro. No obs-

tante las tibiezas y reservas de la crítica oficial, Soto continuó laborando, en el retiro silencioso de su vida interior, los versos que hoy nos entrega en este volumen. Aparecen presididos por la alta autoridad literaria que es Alfonso Reyes, quien diserta erudita y amenamente acerca de poesía nueva, colocando a su prologado equidistante de la poesía tradicional, de retórica altisonante y de métrica rigurosa, y de la poesía ultra nueva, nebulosa en medio de una balumba de metáforas ininteligibles, atropelladora de toda disciplina y aun de la lógica y del sentido común.

Digamos algo del autor. Fausto Soto se ha entregado a la literatura con una honradez ejemplar; su labor literaria es de las más serias que conocemos; hay en él tal anhelo de perfectibilidad que no se distrae ni se dispera en otras actividades que no sean las literarias, a fin de allegar elementos sustantivos a la consecución de su obra artística. Sus títulos académicos de abogado o profesor no le entraban sus labores literarias ni le amenguan sus deseos de superarse indefinidamente, con una serenidad y amplitud de espíritu, raros en escritores de su juventud. La vida recogida que ha llevado Fausto Soto, prisionero en su «torre de márfil», voluntariamente alejado de las inquietudes cotidianas e intrascendentes, ha impedido que su labor no haya sido todavía lo suficientemente conocida y por tanto, apreciada en lo que ella vale. Enemigo de ostentación y lisonjas, los críticos, que desean reciprocidad, le han escatimado hasta el mero comentario bibliográfico; silencio inexplicable, pues es cosa corriente ver elogiadas obras mediocres cuando hay amistad o simplemente apellido...

A su cultura literaria, une Fausto Soto un rico temperamento poético, que él contiene para evitar el desborde verbal o romántico; de ahí que lo primero que advertimos en sus versos es la expresión apretada, enjuta, sintetizada; el impulso sentimental refrenado para dar una sensación de serenidad perfecta; el torrente lírico no asoma jamás. Su emoción se ha remansado y

discurre lenta, serena, por el lecho profundo, sin torbellinos ni sobresaltos inesperados. Así, por ejemplo en Paisaje, donde la expresión breve linda con lo exiguo:

«Tu sufrimiento llega,
Albricias.
Alegría en mi cuerpo:
tu sufrimiento en mí
.....

Soto se ha liberado de toda forma métrica tradicional; esta ausencia de estrofas regulares y de versos de métrica rigurosa, es algo ya definitivamente incorporado a la poesía nueva. Creemos que es su mejor adquisición. Soto ha logrado desasirse de las formas tradicionales después de haberlas usado con toda desenvoltura. Ahora las desecha porque le parecen inútiles y le impiden el libre desenvolvimiento de su expresión. No es, pues, un snobismo, sino una necesidad imperativa de su técnica del verso. Debemos confesar que al leer las primeras composiciones de este libro echamos de menos en ella cierto ritmo, cierto acento al que teníamos acostumbrado el oído. Claro es que no nos referimos al acento cadencioso de un Núñez de Arce o un Pedro A. González, sino que a esa música verbal tan rica en tonalidades y que en Darío encontró espléndida y exagerada realización. Mas, pronto nos damos cuenta de que los versos de Soto no son para leídos en voz alta, y de que hay en ellos una música interior que se identifica con la emoción y las imágenes. Es en el empleo de la metáfora donde encontramos el verdadero mérito de Soto; no es la metáfora que usa Soto, fulgurante y estrambótica, en que hay lejana relación entre el término recto y figurado y que a la postre resulta una especie de adivinanza. Soto es siempre claro, transparente, sencillez. Tal, por ejemplo, «Por ella», que, a nuestro juicio, es una de las mejores composiciones del libro:

«Recuerdo, cuando palpa el amanecer la noche.
Recuerdo, como anillo de agua circundando la piedra».

Merece también señalarse «Siesta pagana», cuyo colorido y panteísmo sensual permiten una tan vívida evocación, que el motivo poético se nos presenta como corporizado.

Sin exagerar, podemos decir que casi todas las poesías del libro dejaron en nuestra emoción un estremecimiento endeleble. Con este libro, Fausto Soto queda incorporado de hecho a la lista de nuestros mejores poetas jóvenes.—MILTON ROSSEL.



LA QUINTRALA, Poemas dramáticos, por *Daniel de la Vega*.—
Talleres de «El Mercurio».

Pocos poetas chilenos más frescos, diáfanos y espontáneos que Daniel de la Vega. La jubilosa afluencia lírica, la naturalidad de la expresión poética, el don innato del ritmo y la frase musical, el color y la belleza de las imágenes revelan al ser que vive en estado de inspiración, de gracia, como dijera D'Annunzio.

La mayoría de los poetas lo son por excepción. En ocasiones solemnes acuden al verso para conmemorar episodios trascendentales de su vida, y bajan apresurados a la prosa cotidiana para no marearse en el aire delgado de la altura. Cuando elevan el canto se les advierte el rostro congestionado por el esfuerzo y se oye el jadeo de la fatiga. De la Vega, que vive por y para el arte, que tiene al verso y a la prosa lírica por modos cotidianos de expresión, nos muestra que la poesía, como Dios, está en todas partes, para los hombres de fe profunda y buena voluntad. Que las almas puras hallan belleza en todo, como la flor hace perfume del lodo, como el fuego hace luz de materiales heterogéneos.

Rasgos esenciales de la obra del autor de «Ménade» son su fe incommovible en un devenir espiritual y en un futuro mejor